

LETICIA FAJARDO



LETICIA FAJARDO DE PERELMAN (Oruro, 1919). Abogada, profesora de Literatura escritora y poeta. Sus inquietudes políticas y sociales, le señalaron siempre un puesto de honor entre la gente humilde por la que luchó constantemente, poniendo de manifiesto su invalorable sensibilidad social.

Su obra literaria es amplia, publicada en diarios y revistas especializadas. Tiene un libro de poemas con el significativo título de: "Pampa, metal y sangre", en él logra inscribir su valiente voz de protesta en reclamo por una justicia social que en nuestro medio, no ha existido nunca, desde que la riendas del poder político y económico, son manejadas por esa clase de hombres tipificados por la corriente oligárquica que tanto daño ha causado a la nación.

Entierro de Tata "Mallcu"

Ha muerto Tata Mallcu,
el grave Tata Mallcu.
Cerró sus ojos hondos
que dejaron de ver el infinito,
y su penetración desmesurada
de cóndor hechicero,
se fue dejando
desiertas sus pupilas.
Enmudeció su voz
colmada de solemnidades,
rodearon sus labios
difusos crepusculares de sentencia,
la dureza y bondad
se enlazaron aún más
en las arrugas de su rostro.

En carrera dantesca,
desgarrando el crepúsculo
de la tarde desierta,
ya llega Tata Mallcu.
Entre la danza airada de las arenas
y los silvidos de la paja brava,
el pavor gigantesco se desboca
por los campos inmensos.

Como un vuelo de cuervos
se destaca a lo lejos,
el viento se agazapa
entre los ponchos negros
tiritando de miedo,
el dolor de los indios
aúlla como un perro,
y los ecos de la montaña aúllan
en un coro de perros
y de lobos heridos...!

Entre dos palos secos y una manta
descansa Tata Mallcu,
rígido por el frío,
severo por su raza,
en la mano callosa
está el lazo arrollado
como una culebrilla,
y el iris de su poncho
despliega en su sudario

de extraño sacerdote.

Herida de terror,
la tarde no respira,
el viento se refugia entre las rocas,
el campo abre, desmensuradamente,
sus ojos de penumbra
para no dormir pronto;
la noche atisba
ocultando su faz entre el celaje.

Rozando el suelo apenas
llega el huracán negro
que trae a Tata Mallcu,
los "ahuayus" y ponchos
oscurecen la faz del cementerio.
Pronta, apresuradamente,
herida por las lampas
la tierra se abre
en una negra boca,
callada y fugazmente
desciende Tata Mallcu,
el lúgubre canto de las lampas
aturde la paz del lugar santo.

Oscurecen las nubes
de color de ceniza.
Junto a la ancha puerta
se asienta tenuemente
como un dulce murmullo
de un centenar de abejas.

Hay una larva negra que se mueve
rodeando la nitidez del grupo,
entre las manos frías,
las hojitas de coca
se deslizan, temerosas y apenas,
el "aculli" por el recién sepulto
se incorpora a la quietud del campo,
un poquito de alcohol
abraza las gargantas exhaustas...
Todo está silencioso,
silencioso
Entre las crucecillas
reposa el Tata Mallcu.